

JESUCRISTO Y SU OBRA

90

¿Quién es Jesucristo?

Para responder debidamente a esta pregunta hay que haber leído la Biblia, especialmente los Evangelios, porque la Biblia trata de Jesucristo. El es su figura central, pues en El convergen todas las profecías. Jesucristo dijo: «*Examinad las Escrituras... ellas son las que están dando testimonio de Mi*» (Jn. 5,39). «*Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de Mi en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos*» (Lc. 24,44-46).

También Jesucristo es figura central de la Historia universal, pues la era cristiana es el periodo histórico que empieza con el nacimiento de Jesucristo, a partir del cual se cuentan los años.

Estamos en el año 1991, y al escribir una carta o un documento cualquiera, ya recordamos (ateniéndonos al cómputo vulgar) que hace 1991 años que nació Jesucristo (Ved *Advertencia* N.º 89).

91

¿De quién se ha escrito la vida antes de nacer? De na-

die, solamente de uno, de Jesucristo. Ha habido hombres célebres, fundadores de religiones como Buda, Confucio, Lao-Tse, Mahoma y otros, pero no vemos que haya habido predicciones acerca de su venida y su mensaje; pero si las hallamos y muchas acerca de Jesucristo. «*Investigad las Escrituras...*». En ellas podemos ver innumerables profecías. Citemos algunas:

– *En Isaías, 7,14* (ocho siglos antes) dijo que el Mesías nacería de una Virgen y llevaría el nombre de Emmanuel, y en Mt. 1,22-233 lo vemos cumplido: «*Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por el profeta que dice: He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo y se le pondrá por nombre Emmanuel*».

– *Miqueas 5,2* (profecía escrita 7 siglos antes) compárese con Mt. 2,3-6 y veremos que al preguntar Herodes dónde debía nacer el Mesías, los príncipes de los sacerdotes y escribas contestaron: «*En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta*».

92

Veamos otras profecías: *Zacarías* (5 siglos antes) dijo que Jesús entraría en un asnillo triunfalmente en Jerusalén, y esta profecía se cumplió el domingo de Ramos, pues así lo dice el evangelista: «*Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta*» (Mt. 21,4-5).

También Isaías (61,1-2) habló de la misión del Mesías y luego Jesucristo en la sinagoga de Nazaret se aplicó a sí mismo la lectura de esta profecía en la que dice que ha sido enviado a predicar el Evangelio, dar vista a los ciegos, etc. y así terminó diciéndoles: «*Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír*» (Lc. 4,21).

En el Salmo 22,19, lo que dijo David mil años antes, lo vemos cumplido en Jesucristo, pues en Jn. 19,21 lee-

mos: «*Para que se cumpliera la Escritura: se han repartido mis vestidos, y echado suerte a mi túnica*», etc. etc.

En consecuencia: son muchas las profecías y figuras del A.T. que se cumplen en Jesucristo.

93

Jesucristo es Dios y hombre a la vez. El demostró que era Dios con sus muchos milagros y profecías, propias de sólo un Dios. El es Dios desde la eternidad y se hizo hombre en el tiempo, y parece como persona histórica que nace en Belén de Judá y vivió en tiempo del rey Herodes, siendo gobernador romano Poncio Pilato (Mt. 2,1; 1 Jn. 19,1).

Jesucristo es Hijo de Dios e Hijo de la Virgen María, es decir, Jesucristo tuvo dos nacimientos: 1) *Uno eterno*, porque El viene del Padre desde toda la eternidad, y así lo decimos en el Credo de la Misa: «Nacido del Padre antes de todos los siglos». Nace del Padre de manera semejante a como el pensamiento y la palabra nacen del espíritu del hombre; por eso el Hijo de Dios se llama también Verbo o Palabra eterna del Padre. 2) *Otro temporal*, porque «*cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo nacido de una mujer*» (Gál. 4,4). El Hijo de Dios (su Verbo o Palabra eterna) tomó carne de María y se hizo hombre como nosotros en el tiempo, y por lo mismo el Hijo de María es Hijo de Dios.

94

Jesucristo, pues es el Verbo, la Palabra del Padre, y como dice el evangelista San Juan: *El Verbo era Dios... y el Verbo se encarnó (se hizo hombre) y habitó entre nosotros*» (Jn. 1,1 y 14). *La Encarnación* es el misterio de Hijo de Dios hecho hombre. En los Evangelios podemos

ver la vida de Jesucristo, y cómo después de pasar treinta años de vida oculta en Nazaret, empezó su vida pública recorriendo todos los pueblos de Palestina...

Uno que recorra ahora Tierra Santa, la antigua Palestina, el Israel de hoy, verá que aquella tierra que es la patria de Jesucristo donde El nació, vivió, murió y resucitado subió al cielo, todos los pueblos que El recorrió nos hablan de su doctrina y de sus milagros. Al pasar por Caná de Galilea se nos dice que hizo allí Jesús el milagro de la conversión del agua en vino; vamos a Jericó, y allí se nos habla de los ciegos a los que dio vista y su encuentro con Zaqueo; vamos a Betania y se nos enseña el lugar donde Lázaro estuvo sepultado, y cómo Jesús después de los cuatro días que llevaba en el sepulcro, lo resucitó y si vamos a Naín se nos recuerda la resurrección del hijo de la viuda, etc... También Jerusalén está llena de escenas de Jesucristo: el Calvario donde fue crucificado y muerto, y como resucitó al tercer día... y vemos el monte de los Olivos desde el que subió al cielo...

95

En la Biblia se nos dice frecuentemente que Jesucristo es «*el Hijo de Dios*», lo que equivale a decir que El es Dios. Ante Caifás que le preguntó si era «Hijo de Dios», Jesús contestó: «*Tu lo has dicho. Yo soy*», y porque, según los judíos esta expresión equivalía a decir: «Yo soy Dios», dijeron a Pilato: «*Nosotros tenemos una ley, y, según la ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios*» (Jn. 19,7).

Fijémonos en los textos siguientes en los que Jesús llama a Dios su Padre: «*El Padre está en Mi y Yo en el Padre*» (Jn. 10,38). «*El que me aborrece a Mi, aborrece también a mi Padre*» (Jn. 15,23). «*El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió*» (Jn. 5,23). «*Todo*

me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo» (Mt. 11,27).

¿Quién no ve en estos textos la identidad de naturaleza en el Padre y el Hijo? Si el conocimiento que tiene el Hijo del Padre es igual al que el Padre tiene del Hijo, forzosamente tenemos que concluir que en ambos *hay igualdad de sabiduría y también igualdad de naturaleza.*

En consecuencia: Jesucristo es Dios, porque el *Hijo natural de Dios* es Dios, porque participa de la misma naturaleza divina, así como *el hijo natural de un hombre* es hombre.

96

Jesús dijo también a sus apóstoles: *Mi Padre y vuestro Padre...*, y conviene notar que nunca dice Jesús: «*Nuestro Padre y nuestro Dios...*». El dice: «*Mi Dios*» como nosotros podemos decir «mi alma, mi espíritu, mi cuerpo», y mi alma y yo no somos cosas distintas, lo mismo que mi espíritu y yo, yo y mi cuerpo, por formar una sola y misma naturaleza. La revelación de Cristo con el Padre es única, exclusiva, su naturaleza divina.

Fijémonos también en esta expresión de Jesús: «*Quien me ve a Mi, ve al Padre*» (Jn. 14,9). «*Yo y el Padre somos uno*» =una misma cosa (Jn. 10,30), y según el contexto no se trata de una unidad moral, sino de una unidad física y de substancia, no de Persona, pues dice claramente: «*Yo y el Padre (Personas distintas) somos una sola cosa*». Así lo entendieron los judíos, y por eso quisieron apedrearle. Se dirá: También la Escritura dice: «*El Padre es mayor que yo*» (Jn. 14,28); mas esto lo dijo por razón de su naturaleza humana, y así decimos: «Igual al Padre según la divinidad, y menor que el Padre según la humanidad» (Credo del Pueblo de Dios). Notemos que

Jesucristo apareció como hombre entre los hombres, siendo Dios, y por razón de su naturaleza humana, como representante de los hombres, es mediador ante el Padre.

97

Otra frase de Jesucristo, que conviene tengamos presente, es ésta: «*Antes que Abraham fuera, YO SOY*» (Jn. 8,58). Notemos que en este texto Jesucristo se atribuye la propiedad de la eternidad, y demostró que era Dios, pues en El hay un YO, una sola persona divina y dos naturalezas. Por razón de la naturaleza divina, o como Dios que es, es anterior a Abraham (que había vivido unos 2.000 años antes que El), y por razón de la naturaleza humana, como hombre, es posterior a Abraham y a la Virgen, de la cual quiso nacer.

De Jesucristo podemos decir que existió antes que el mundo, y así lo dijo El: «*Padre, glorifícame... con la gloria que tuve junto a Ti antes que el mundo existiese*» (Jn. 17,5), y de hecho: «*Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho*» (Jn. 1,3).

98

Nombre de Jesucristo. Como al hablar de El lo designamos con diversos nombres conviene sepan todos que JESUCRISTO es nombre compuesto de JESUS =Salvador, y de CRISTO (palabra griega, en hebreo MESIAS =Ungido). Y por eso unas veces le llamamos JESUS, otras CRISTO, otras EL MESIAS, otras JESUCRISTO y otras EL SEÑOR (lo que equivale a llamarlo nuestro DIOS, pues a Dios se le designa en el A.T. con la palabra «Señor»). Antes de la Encarnación se llama Verbo (Palabra del Padre), y después de la Encarnación se llama Jesús =Salvador, porque vino a salvarnos.

San Pablo (Fil. 2,9-10)) nos habla del origen , la causa y la gloria o excelencia del nombre de JESUS: 1) *Su origen*: Viene del cielo: «Dios le dio un nombre...; 2) *Su causa*: La causa de su ensalzamiento fueron sus humillaciones...; 3) *Su gloria*: Aparece en las palabras: «Su nombre sobre todo nombre. Ante él doblarán toda rodilla... Todos le adorarán...

99

Testimonios acerca de Jesucristo. Lo que dicen los evangelistas de El:

– *Jamás persona alguna ha hablado como este hombre* (Jn. 7,46).

– *Todos los que le oían se maravillaban de su sabiduría y de sus respuestas* (Lc. 2,4).

– *Su fama se extendía más y más y venían muchas gentes a oírle y a que los curase de sus enfermedades* (Lc. 5,15).

– Los apóstoles también dijeron de El: *¿Quién es éste que hasta los vientos y el mar le obedecen?* (Mt. 8,27). *Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* (Mt. 16,16). *Tu tienes palabras de vida eterna* (Jn. 6,68).

– *Pasó haciendo bien y curando a todos... De El dan testimonio todos los profetas* (Hech. 10,38 y 43).

100

Otros testimonios acerca de Jesucristo: De los que le persiguieron:

– *Judas dijo: He entregado la sangre inocente* (Mt. 27,4). *Pilato: Yo no hallo en éste ningún crimen* (Jn. 18,38).

– *El buen ladrón: «Nosotros justamente sufrimos por*

nuestros pecados, pero éste nada malo ha hecho» (Lc. 24,41).

– *Los mismos fariseos* decían: «Ya veis que todo el mundo se va en pos de El... ¿Qué hacemos, que este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en El... (Jn. 12,19; 11,47)...

– *Todos estaban sobrecogidos de temor y glorificaban a Dios diciendo: Un gran profeta ha surgido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo (Lc. 7,16).*

– *El es verdaderamente el Salvador del mundo (Jn. 4,22). Jamás hemos visto cosa parecida (Mc. 2,12).*

101

¿Qué dijo Jesucristo de sí mismo? «Yo soy el Mesías» (Jn. 4,26; Mt. 26,64).

– *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn. 14,6). Yo soy la luz del mundo (Jn. 8,2). Yo soy la Resurrección y la Vida (Jn. 11,25).*

– *Yo soy el Pan de Vida (Jn. 6,35). Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último (Apoc. 22,13). Yo y el Padre somos uno (Jn. 10,30).*

«De nuevo los judíos trajeron piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas obras os he mostrado de parte de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreais? Respondiéronle los judíos: Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios...»

Todos debieran haber reconocido que realmente era Dios, porque El se proclamó «Hijo de Dios» y lo demostró con innumerables milagros y profecías.

102

¿Qué dice la ciencia racionalista? Los sabios racional-

listas, que son los que prescinden de todo lo sobrenatural y hasta se empeñan en negarlo, vienen a decir de Jesucristo la frase que Napoleón dijo al general Bertrand, cuando estaba desterrado en la isla de Santa Elena: «Créame usted, yo conozco bien a los hombres; yo le digo que Jesucristo es más que un puro hombre».

– *Goethe*: «Jesucristo es el principio supremo de la moralidad».

– *Augusto Sabatier*: «Jesús es el alma más bella y pura que existió jamás».

– *Renán*: «Jesús ha creado el mundo de las almas puras. Nunca será sobrepujado».

– *Wernle*: «Jesucristo era más que un hombre».

– *Tyrrel*: «Jesús es el más semejante a Dios entre los hombres».

– *Straus* escribió: «El Cristo no podía tener sucesor que le aventajase... Jamás en tiempo alguno será posible subir más alto que El, ni imaginarse nadie que le sea siquiera igual».

– *Rousseau* llegó a decir: «Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son la de un Dios».

Esto es lo que los incrédulos, pero a la luz de la llamada ciencia, sienten de Jesucristo. Si fuera lógica y verdaderamente sabia la ciencia racionalista, debiera confesarle por Dios.

103

Leamos, estudiemos el Evangelio para conocer bien a Jesucristo, y veremos que El es santo, que es sabio y que es Dios. Sólo Jesucristo pudo retar a sus enemigos con estas palabras: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?» (Jn. 8,46). Todo nos habla de la santidad de Jesucristo: su doctrina, su conducta, sus milagros... «El Evangelio viene

a ser para la mente humana lo que el telescopio para el ojo... El Evangelio sirve de apoyo a la razón. La razón niega el Evangelio únicamente cuando se hace infiel a sí misma» (P. Lacordaire).

Sólo Dios conoce el porvenir de los acontecimientos futuros, y Jesucristo los anunció con toda precisión... El veía el lejano porvenir, como lo demuestran las numerosas profecías que hizo y que están diseminadas por las páginas del Evangelio. Entre otras profecías tenemos las que hizo a sus apóstoles sobre la pasión, y todas se cumplieron al pie de la letra...

104

Notable es la profecía que hizo el Señor sobre la destrucción de Jerusalén. El domingo de Ramos, cuando entraba triunfalmente en Jerusalén, desde el monte de los Olivos derramó lágrimas diciendo: *«¡Si conocieras al menos en este día lo que había de darte la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te cercarán con trincheras... y a ti a tus hijos los abatirán... y del templo no quedará piedra sobre piedra»* (Lc. 19,41-44). *«Vuestra casa (este templo) quedará desierta»* (Mt. 23,38). Y ¿qué sucedió? Que la profecía se cumplió cuando el año 70 los ejércitos romanos la arrasaron. Más de seis mil se ahogaron entre las llamas, y sacerdotes, mujeres, niños, ancianos todos murieron junto al altar como narra el historiador Flavio Josefo.

Juliano el Apóstata para desvirtuar la frase de Cristo: *«He aquí que vuestra casa va a quedar desierta»*, y tacharla de falsa públicamente, concibió el plan de reconstruir de nuevo el Templo. Los mismos judíos aplaudieron el proyecto y se dio comienzo a los trabajos, mas al poco tiempo tuvieron que renunciar a su realización. Los antiguos relatos señalan como causa una serie de sucesos ma-

ravillosos que destruyeron las máquinas y pusieron en fuga a los obreros, porque aparecieron ráfagas impetuosas de viento, rayos, terremotos y fuego que salían de los cimientos. Entre los escritores que narran este hecho tenemos a Sócrates, Teodoreto, Gregorio Nazianceno, un historiador pagano llamado Amiano Marcelino y otros.

105

La Pasión de Jesucristo

Lo que más nos admira es ver como las profecías de la Pasión, hechas siglos antes, se cumplen en Jesucristo. El, el Salvador inocente, el más puro y santo que jamás ha pasado por esta tierra, el mayor bienhechor de la humanidad, pasa por ser el «varón de dolores», el oprobio de los hombres, el desecho y desprecio de la plebe... y puesto en la cruz, cuando tiene delante de El a tantos que blasfeman y se burlan de El diciéndole: *«Si eres Hijo de Dios baja de la cruz y creeremos en ti»*, aparece como modelo de paciencia infinita, y en esos momentos de dolor, que podía haber hecho que se abriera la tierra y los hubiese tragado vivos, como un día a Coré, Datán y Abirón, sólo tuvo palabras de perdón... todo lo tolera porque nos ama (Gál. 2,20) y quiere alcanzarnos del Padre mediante su pasión perdón y misericordia, pues las características de esta su pasión fue un acto expiatorio por todos los pecados de los hombres, y por eso termina perdonando, y así se vengó de sus enemigos con el perdón y el amor: *«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»*.

106

El misterio de la redención. Este es el misterio de Jesucristo muerto sobre la cruz para rescatarnos a todos. El

quiso padecer y morir para satisfacer a la divina justicia por nuestros pecados y salvarnos.

Para entender mejor los términos de «rescate» y «redención», recordaremos que antiguamente los cristianos, que eran esclavos de los musulmanes o estaban en sus cárceles, eran rescatados o librados de ellas mediante un precio o cierta cantidad de dinero. Ahora también existen muchos hombres esclavos o atados con las cadenas del pecado, del demonio y de la muerte eterna. Y Jesucristo para librarnos de esta triple cadena y rescatarnos de nuestros enemigos, como leemos en la Biblia, nos ha rescatado «no con plata y oro corruptibles, sino con su sangre preciosa, como cordero sin defecto ni mancha» (1 Ped. 1,18-19; Ef. 1,7). El «nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre» (Apoc. 1,5). Lo admirable es saber que Cristo eligió el camino del sufrimiento para salvarnos.

107

Nuestro Señor Jesucristo padeció muchísimo durante toda su vida, y, al fin de ella, después de una cruel agonía en el huerto de los Olivos, fue preso, tratado como loco, azotado, coronado de espinas y por último clavado en una cruz, sobre la que estuvo colgado tres horas padeciendo indecibles tormentos de cuerpo y alma; al fin inclinó la cabeza y expiró diciendo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc. 23,46).

En la muerte de Jesucristo se oscureció el sol, se rasgó el velo del templo, tembló la tierra, las rocas se partieron, se abrieron los sepulcros y resucitaron muchos muertos (Mt. 27, 51-53). Estos milagros prueban que Jesucristo es verdaderamente el Hijo de Dios, como lo confesaron el centurión y los que con él estaban al pie de la cruz (Mt. 27,54).

¿Cómo explicar el gran misterio de la Pasión de Cristo? ¿Cómo es posible que un Dios sufra y muera por el hombre?... Este misterio sólo se explica a la luz de la misericordia infinita de Dios. Jesucristo dijo que *«no había mayor prueba de amor que dar la vida por sus amigos»* (Jn. 15,13)... y ¿cuál no será morir por sus enemigos, tan viles e ingratos? En la Biblia se nos revela que *«tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo para que todo el que crea e El no perezca»* (Jn. 3,16). *«Cristo padeció por nosotros...»* (2 Ped. 2,21). *«Nos amó y se entregó a la muerte por nosotros»* (Gál. 2,20).

La devoción del Corazón de Jesús. El amor de Jesucristo a los hombres es tan grande que nos está pidiendo correspondencia. Por eso se ha dicho que la devoción al Corazón de Jesús no es más que *«la devoción al amor de Jesús»*, amor no correspondido y ultrajado que reclama el amor reparador de los hombres.

El corazón, en el lenguaje de todos los pueblos, es la imagen, el símbolo del amor. Por tanto hablar del Corazón de Jesús es hablar del amor de Dios hecho hombre, o sea, del amor de Jesús a los hombres, amor que se nos revela en su Encarnación, en su Pasión, en toda su vida...

El amor de Dios se nos manifiesta en Jesús, que quiso aparecer en la tierra como la suma bondad. El *«pasó haciendo bien a todos»* (Hech. 10,38), curando enfermos, haciendo toda clase de milagros por amor a los hombres... El es el samaritano misericordioso que se acerca a nosotros, la humanidad dolorida... (Ved N.º 36).

La reparación por el pecado ¿no podría haberla hecho otro en vez de Jesucristo? La reparación por el pecado no

podía sustituirla el hombre por el sacrificio u ofrenda de animales, ni él podía satisfacer a Dios por sus pecados, porque la ofensa se mide por la dignidad de la persona ofendida, y crece en relación a tal dignidad. Un solado vg. da una bofetada a otro soldado, compañero suyo, y no reviste tanta gravedad como si se la diera a un capitán o a un general. Pues bien, al ser Dios el ofendido, nuestro pecado o culpa, como ofensa hecha a Dios, es casi infinita, esto es, reviste una gravedad infinita por razón del término o persona a la que hemos ofendido, y exige, por tanto, una satisfacción o reparación infinita, y ésta sólo pudo hacerla el Hombre-Dios, o sea, Jesucristo, pues como hombre pudo padecer y como Dios darle a sus sufrimientos un valor infinito.

En consecuencia: La satisfacción de Jesucristo es de infinito valor por haberla dado una persona *divina*, y ésta es la razón porque el tesoro de los merecimientos de Jesucristo es infinito y no podrá ser agotado jamás por los hombres.

110

¿Era necesario para redimirnos, que Jesucristo padeciese tanto? No era necesario que padeciese tanto para redimirnos, porque un padecimiento cualquiera del Hombre-Dios hubiera bastado para la satisfacción más cumplida, ya que cada una de sus obras es de valor infinito, mas si quiso padecer tanto por nosotros, fue para manifestarnos toda la grandeza de su amor; para darnos a conocer la gravedad del pecado y lo digno que es de castigo, y además para que también nosotros, a ejemplo suyo, sufriésemos resignados y no reparásemos en sacrificios cuando se trata de nuestra salvación.

Reconozcamos que Jesucristo con su pasión y muerte
1) *nos redimió* del pecado, de la esclavitud del demonio y

de la condenación eterna, y 2) *nos mereció* la gracia, la dignidad de hijos de Dios y el derecho a la gloria. «*Cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con El por la muerte de su Hijo*» (Rom. 5,10).

111

Alguno tal vez diga: Si Cristo nos redimió, ¿no tendremos ya nada que hacer nosotros? Es cierto que Cristo nos obtuvo la redención, pero para que nos aproveche a cada uno en persona puso algunas condiciones, como son, por ejemplo: la fe, la detestación de los pecados, el uso de los sacramentos, la guarda de los mandamientos, etc. sin lo cual los méritos y satisfacciones de Cristo no se nos aplican.

Seamos, pues agradecidos a Cristo «*en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados*» (Col. 1,14).

112

La resurrección de Jesucristo

La resurrección de Jesucristo es el dogma fundamental del cristianismo, el mayor de los milagros. Este es un hecho real e histórico, porque los Evangelios son *históricos*, es decir auténticos, íntegros y verídicos y gozan de mayor autoridad que cualquier otro libro profano. Si este dogma fuera falso, lo serían todos los demás, y como dice San Pablo: «*Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe, vana nuestra predicación...; mas no; Cristo ha resucitado de entre los muertos y nosotros también resucitaremos*» (1 Cor. 15,14 y 20). Los apóstoles y discípulos del Señor vieron muchas veces a Jesucristo después de su resurrección, tocándole, comiendo, hablando y tratando con El...

Cuando en el grupo de los apóstoles se quiso elegir a

un sustituto de Judas, se puso como condición que éste fuera un testigo de la resurrección de Jesús (Hech. 1,22).

113

Cristo murió y resucitó. Para demostrar que uno ha resucitado, naturalmente deben darse pruebas de que primero murió y luego se mostró vivo, y tenemos que los cuatro evangelistas nos dicen «expiró» en una cruz (Mt. 26,56)...

«No tiene importancia, dice San Agustín, creer que Jesucristo ha muerto; lo creen los mismos paganos, los judíos y los pecadores, lo creen todos... La fe de los cristianos es que Cristo resucitó. Para nosotros lo decisivo es creer en su resurrección».

Los judíos rogaron a Pilato que rompieran las piernas de Jesús y de los crucificados con El, para que terminasen de morir y quitarlos de las cruces. Fueron los soldados y a los crucificados con Jesús se las rompieron; *«pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas»* (Jn. 19,31-33). Después colocaron su cuerpo en el sepulcro, y sus enemigos pusieron guardia y lo sellaron, no siendo que resucitara como había dicho, y todo fue en vano.

114

Mientras los guardias custodiaban el sepulcro de Jesús, sobrevino un gran terremoto, un ángel bajó del cielo y removió la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella... y a las mujeres que madrugaron para embalsamar su cuerpo, al acercarse al sepulcro, el ángel les dijo: *«No temáis, pues sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí ha resucitado, según lo había dicho»*... Los guardias temblaron ante el terremoto y la presencia del ángel, cuyo as-

pecto era como el relámpago... Entonces ellos se fueron a la ciudad para comunicar a los príncipes lo que había sucedido. Reunidos estos en consejo tomaron bastante dinero y se lo dieron a los soldados guardianes del sepulcro diciéndoles: Decid «*que viniendo los discípulos de noche, le robaron mientras nosotros dormíamos*» (Mt. 28,13).

San Agustín comenta: «¿Qué dices desdichada astucia?... Recurras a testigos dormidos. Tu duermes realmente, fracasando al inventar tales patrañas. Si dormían los guardas ¿cómo podían ver algo? Si no vieron nada, ¿cómo pueden ser testigos?»

115

Cristo resucitó, no está aquí (Mc. 16,6).

Este anuncio del ángel puede verse puesto sobre el mismo sepulcro de Cristo vacío en Jerusalén. ¡Epitafio único en el mundo!

En los demás sepulcros humanos y de los demás fundadores de religiones, se halla un ¡Aquí yace! *La tumba vacía y las apariciones* de Jesús a Pedro, a la Magdalena, a los discípulos de Emaús, a los doce... y luego a más de 500... son hechos comprobados por la historia.

El ángel fue el primero en anunciar que si el sepulcro estaba vacío y no estaba Jesús es porque Jesús había resucitado.

Además sus muchas apariciones fueron verdaderamente *históricas y reales, no imaginativas*, las que confirman su resurrección porque fue *visto y tocado* por los apóstoles y multitud de fieles, no pudiéndose decir, como algunos han pretendido para desvirtuar el hecho, que «el entusiasmo de la fe los exaltaba», pues no se mostraron crédulos, sino después de tener innumerables pruebas y haberle visto, por lo que luego pudieron decir: «*nosotros somos testigos*» (Hech. 2,22-35).

Jesús se manifestó a los testigos que El había designado (Hech. 10,41). La fe cristiana de todos los siglos se apoya firmemente en el testimonio de la fe apostólica. Los apóstoles y los miles de mártires que les siguieron, fueron los primeros testigos de la resurrección de Cristo y los que unieron su sangre al testimonio de la palabra.

Jesucristo resucitó *por su propia virtud*, demostrando así que El es dueño de la vida y de la muerte; mas si alguna vez dice la Escritura que «*fue resucitado por Dios*» (Hech. 2,24), ésta es una afirmación que debe entenderse en razón de su naturaleza humana. Tengamos siempre presente que Jesucristo es Dios y hombre a la vez.

Cristo resucitó para nunca más morir (Rom. 6,9), y los verdaderos cristianos viven resucitados a la vida de la gracia con Cristo, y deben procurar no morir jamás a ella por el pecado. *Busquemos las cosas de arriba*, una vez resucitados con Cristo (Col. 3,1-2).

117

Ascensión y venida de Jesucristo

Los últimos días que pasó Jesucristo entre los hombres, los que mediaron entre su Resurrección y Ascensión al cielo fueron cuarenta. En la Biblia leemos: «*Durante cuarenta días se mostró Jesús vivo a sus discípulos con muchas pruebas, apareciéndoseles y hablándoles del reino de Dios*» (Hech. 1,3). Después les dio el poder de perdonar los pecados (Jn. 20,21-23), y les dio instrucciones para que fuesen por todo el mundo a predicar el Evangelio y enseñar a todas las gentes (Mt. 28,19-29; Mc. 16,15-16) y finalmente después de prometerles el Espíritu Santo, los condujo hasta Betania, que era donde había de

desarrollarse la escena de la despedida, y estando con ellos en la parte alta del monte de los Olivos, *se elevó y una nube lo ocultó a sus ojos.*

Mientras estaban mirando al cielo, fija la vista en El dos varones con hábitos blancos (al parecer dos ángeles), se les pusieron delante y les dijeron: «*Varones de Galilea ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús, que ha sido elevado de entre vosotros al cielo, vendrá así como le habéis visto subir al cielo*» (Hech. 1,8-12).

118

La Ascensión de Jesús al cielo hace que las mentes y los corazones de los hombres se eleven por encima de lo terreno.

El subió al cielo donde su humanidad fue glorificada a la derecha del Padre, y como «*sacerdote eterno vive siempre para interceder por nosotros*» (Heb. 7,25). La expresión «estar sentado a la derecha de Dios Padre» no es palabra propia para expresar esta realidad, ya que el Padre no tiene derecha o izquierda, ni manos, porque es purísimo espíritu.

Así como aquí en la tierra el que tiene más poder después de rey se sienta a la derecha del rey, así de Jesucristo, por tener más poder que nadie después de Dios, se dice que está sentado a la derecha de Dios Padre, con autoridad, como en trono, y esto en cuanto hombre; porque en cuanto Dios, como es igual al Padre, y uno con el Padre (Jn. 10,30), tiene la misma autoridad y se sienta en el mismo sitio que el Padre.

Por eso dijo Jesucristo: «*Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra*» (Mt. 28,18). ¿Dónde está ahora Jesucristo? En cuanto Dios, está Jesucristo en todo lugar, pero en cuanto *Dios y hombre*, solo está en el cielo y en el Smo. Sacramento del altar.

Segunda venida de Jesucristo. Jesucristo, que subió al cielo por su propio poder, en presencia de sus discípulos, les reveló a estos que volvería al fin de los tiempos, y «verán —dijo— al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad» (Mt. 24,30). Los católicos afirmamos diariamente este dogma, y así en el Credo de la Misa, decimos: «Y de nuevo vendrá con gloria..., subió al cielo y desde allí ha de venir y juzgará a vivos y muertos, a cada uno según sus méritos». En la Biblia leemos que al fin del mundo «*el sol se oscurecerá, la luna no alumbrará, y las estrellas caerán del cielo... Entonces todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llantos: y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad*» (Mt. 24,29-30).

120

Sobre la resurrección de los muertos, Jesucristo dice: «*Llega la hora en que cuantos están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios. Y saldrán los que han obrado el bien, para la resurrección de la vida, y los que han obrado el mal, para la resurrección del juicio*» (Jn. 5,28-29). (Ved n.º 588).

No sabemos cuando será el fin del mundo y vendrá para juzgarnos a todos. «*El día y la hora nadie lo sabe, ni aun los ángeles del cielo, sino sólo mi Padre*» (Mt. 24,26). Mas de estas palabras no debe deducirse que Jesucristo ignorase el día y el instante del juicio universal. Jesucristo sin duda lo conocía, mas no lo sabía para manifestarlo. Y que de hecho lo conociera nos lo revelan estas palabras: «*Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo*» (Mt. 1,27).

Jesucristo no nos reveló el fin del mundo, porque quiso que todos estemos preparados porque vendrá de improviso, en la hora en que menos lo pensemos, y por eso nos dice: «*Velad, porque no sabéis ni el día ni la hora*» (Mt. 25,13).

121

EL ESPIRITU SANTO

Su venida

San Pablo preguntó un día a sus discípulos de Efeso si habían recibido el Espíritu Santo, y le contestaron: «*Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo*» (Hech. 19,2). Si a muchos católicos de nuestros días hiciéramos la misma pregunta, ¿no obtendríamos la misma respuesta? El Espíritu Santo es poco conocido, y sin embargo, como dice San Agustín, «El es el alma de la Iglesia, pues lo que es el alma con relación al cuerpo, al que le da vida, así el Espíritu Santo vivifica a la Iglesia de Dios».

La acción visible de Jesús sobre la tierra terminó con su Ascensión al cielo, y ahora continúa su ministerio o misión salvadora en el mundo por medio de su Iglesia (el Pueblo de Dios), a la que anima y vivifica con la acción invisible del Espíritu Santo.

122

Jesús había enseñado a sus apóstoles durante los tres años de vida pública muchas cosas, pero aún no tenían conocimiento perfecto de todas ellas y por eso al final de su vida, les prometió que no los abandonaría, sino que les enviaría el Espíritu Santo, y como Espíritu de Verdad les enseñaría todo (Jn. 14,16-17; 16,13). Así lo hizo confor-

me a estas otras palabras que les dirigió poco antes de subir al cielo:

«Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra» (Hech. 1,8). Y esta venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, que estaban reunidos en el Cenáculo con la Santísima Virgen, tuvo lugar en la fiesta de Pentecostés, a los diez días después de haber subido al cielo (Hech. 2).

123

¿Quién es el Espíritu Santo? El Espíritu Santo es la tercera Persona de la Santísima Trinidad, que procede del Padre y del Hijo, y es Dios, como lo es el Padre y el Hijo, y por ser Dios como ellos, *es digno de igual adoración y gloria*. He aquí lo que tenemos que saber de El:

1.º *El Espíritu Santo es Dios*: 1) Porque se le aplican indistintamente los nombres de «Espíritu Santo» y de «Dios», pues *«mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios»* (Hech. 5,3-4). 2) Porque a El se le atribuyen atributos y propiedades divinas: *«El Espíritu de Dios penetra todas las cosas, aún las más íntimas de Dios»* (1 Cor. 2,10). Además El posee la plenitud del *saber*, pues es Maestro de toda verdad, predice las cosas futuras (Jn. 16,13), y El es el que inspiró a los profetas del A.T. (2 Ped. 1,21; Hech. 1,16), y *todas las cosas hechas por Dios, lo fueron por el Espíritu de su boca* (Sal. 33,6). *El Espíritu del Señor llena toda la tierra* (Sab. 1,7)...

124

2.º *El Espíritu Santo es una Persona* (no un soplo o viento o energía, como dice una secta), y esto lo sabemos: 1) Por la fórmula trinitaria del bautismo (Mt. 28,19) don-

de el Espíritu Santo es equiparado al Padre y al Hijo, que realmente son Dios. 2) Porque se le atribuyen las propiedades de *enseñar* (Jn. 14,26), *hablar* (Jn. 16,13), *dar testimonio* (Jn. 15,26) y *predecir acontecimientos futuros* (Jn. 16,16; Hech. 21,11). Ahora bien, éstas son propiedades personales. Luego el Espíritu Santo es una Persona. 3) Por el nombre de *Paráclito* (Consolador, Abogado) que no pueden referirse sino a una Persona, y además es una Persona *distinta* del Padre y del Hijo, porque éstos son los que lo envían, y dice Jesucristo expresamente: «Yo rogaré al Padre y os dará *otro* Abogado...» (Jn. 14,16). El Espíritu Santo es el enviado.

125

3.º *El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo*, y como de un solo y único principio, pues como dijo Jesucristo: «*Todo lo que tiene el Padre es mio*» (Jn. 16,17). La Escritura santa dice que el Espíritu Santo es «*el Espíritu del Padre*» (Mt. 10,20; Jn. 15,26) y es también «*el Espíritu del Hijo*» (Gál. 4,6; Hech. 16,7; Rom. 8,9), expresiones que indican relaciones distintas entre sí, las cuales se identifican con la esencia divina.

El mismo Jesucristo expresa que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, pues dice una vez que el Padre lo enviará (Jn. 14,26), y otra que lo enviará él mismo (Jn. 16,7)... Como dice Santo Tomás «el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como el calor procede del sol y de su luz». Y la Iglesia nos lo enseña en el Credo: «Que procede del Padre y del Hijo, y por ser Dios como ellos recibe la misma adoración y gloria».

126

La Trinidad es el misterio de un solo Dios en tres Per-

sonas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Este misterio nos lo enseñó Jesucristo y es el más grande del cristianismo; pero, aunque no lo comprendamos (ya que lo infinito no cabe dentro de nuestro limitado entendimiento) es una doctrina clara en la Biblia, y que debemos creer porque Dios nos lo ha revelado y la Iglesia nos lo enseña. Mas conviene notar que como las tres divinas Personas tienen la misma naturaleza o esencia o perfección, no se distinguen entre si por esta su esencia, sino que se distinguen por su *orden o procedencia*. En ellas acontece algo semejante a lo que vemos en un árbol: vg. de la *raíz* de éste nace el *tronco*, y de ambos sale el *fruto* (*tronco, raíz y fruto* se distinguen, aunque forman un solo árbol).

El Hijo procede eternamente del Padre (véase n.º 93), y Espíritu Santo eternamente del Padre y del Hijo, es decir, este proceder no es temporal sino eterno; pues si en el tiempo se añadiera algo a Dios, dejaría de ser «inmutable» y no sería Dios (Ved n.º 14).

127

Las tres divinas Personas son iguales en perfección y no hay inferioridad de una respecto a la otra, porque es una misma la naturaleza divina que tienen las tres, y las tres son eternas, porque en la procedencia de una Persona de otra, se excluye la sucesión del tiempo, y así resulta que el Hijo de Dios es eterno como el Padre y existe desde que existe el Padre. El ejemplo siguiente nos da una idea: «El fuego produce su resplandor, el cual existe desde el mismo instante que existe el fuego. Si hubiera un fuego eterno, eterno sería su resplandor». Ahora bien, en la Biblia se nos dice que el Hijo es com el brillo de la luz eterna (Sab. 7,26), el resplandor de la gloria del Padre y la imagen de su substancia (Heb. 1,3). Luego la imagen perfectísima de Dios existe desde que existe Dios, o sea, eternamente.

Igualmente el Espíritu Santo, aunque procede del Padre y del Hijo, no es posterior a ellos, sino también es eterno, pudiendo decir con Tertuliano: «El Espíritu Santo es Dios de Dios, como la luz se enciende de la luz».

128

Manifestaciones del Espíritu Santo. El Espíritu Santo se ha mostrado en forma de paloma en el bautismo de Jesús (Mt. 3,16). También en *lenguas de fuego* el día de Pentecostés (Hech. 2,3). Estos son símbolos o figuras para manifestar los efectos que produce. El Espíritu Santo, dice San Gregorio Magno, vino en figura de *paloma* sobre Cristo por su gran mansedumbre con los pecadores y porque hace puros sus corazones; y apareció en figura de *fuego*, porque como el fuego, limpia la herrumbre de los pecados, arroja del alma las tinieblas de la ignorancia, derriba la helada corteza de los corazones, y enciende a los hombres en el amor de Dios y del prójimo.

129

Los efectos del Espíritu Santo aparecen manifiestos en los apóstoles. Estos antes de su venida eran orgullosos, ambiciosos, duros de corazón... Luego les vemos humildes, mansos, pacientes y ansiosos de sufrir por su divino Maestro. El Espíritu Santo iluminó sus inteligencias y los hizo predicadores elocuentes, llenos de ciencia, conocedores de los profundísimos misterios de la fe... y a los que le impiden predicar a Jesucristo, les dirán: «*Conviene obedecer a Dios antes que a los hombres*».

La venida del Espíritu Santo no terminó el día de Pentecostés. Jesucristo que nos mereció este gran don para todos los hombres, sigue enviándolo a cuantos se hacen cristianos. Por eso San Pablo dirá a los bautizados:

«¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?...» (1 Cor. 3,16). Mientras vivimos en gracia somos templos de Dios, y el Espíritu Santo habita en nosotros. No lo arrojemos por el pecado mortal.

130

Los 7 dones del Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos infunde con la gracia sus 7 dones, disposiciones permanentes que El pone en nosotros para seguir sus inspiraciones y adelantar en el camino de la santidad.

1) *El don de sabiduría* es, según San Bernardo, el disgusto de las cosas del mundo y el gusto de las cosas de Dios. Cosa hermosa es gustar de las cosas divinas y humanas iluminadas por razones eternas.

2) *El don de entendimiento o inteligencia (intelligere =intus légere)* es una luz sobrenatural con que el Espíritu Santo enriquece al alma para hacerla conocer mejor a Dios, en sus perfecciones inefables, en su palabra contenida en las Santas Escrituras, en su Providencia...

3) *El don de consejo* es en el orden sobrenatural lo que la prudencia en el orden natural. Nos enseña lo que no debemos y lo que debemos hacer, lo que hemos de decir o de callar según las personas, lugar y tiempo... Con este don todos los problemas hallan solución rápida y segura.

131

4) *El don de fortaleza* es una energía sobrenatural que nos arma contra la pusilanimidad o cobardía en el servicio de Dios, contra los obstáculos, tentaciones, dificultades..., que hallaríamos en el cumplimiento de nuestros deberes.

5) *El don de ciencia* nos enseña a conocer las criaturas, es decir, todas las cosas creadas en su verdadero aspecto, o sea, el valor de las riquezas, honores y placeres y de todo en orden a Dios.

6) *El don de la piedad* nos enseña a amar a Dios como Padre y a los hombres como hijos suyos.

7) *El don de temor de Dios* hace que sintamos por el solo hecho de amar a Dios, el temor filial de ofenderle, o de hacer algo que pueda desagradarle en pensamientos, palabras y obras.

Nota: Estos dones se enumeran en el profeta Isaías (11,2). En el texto hebreo se enumeran sólo *seis* y en los LXX los *siete*, y a este número nos atenemos, porque la palabra *temor* tiene dos sentidos *piedad* y *temor*.

132

Lo que más necesita la Iglesia. Lo diremos con palabras del Papa Pablo VI. Después de decir él que «de todas nuestras devociones, la del Espíritu Santo debería ser la primera», dice: «La Iglesia tiene necesidad de su Pentecostés permanente; tiene necesidad de fuego en el corazón, de palabras en los labios, de profecía en la mirada. La Iglesia tiene necesidad de ser templo del Espíritu Santo, es decir, de limpieza total y de vida interior.

Hombres vivos, vosotros jóvenes, y vosotras almas consagradas, vosotros hermanos en el sacerdocio, ¿nos escucháis? De esto tiene necesidad la Iglesia. Tiene necesidad del Espíritu Santo en nosotros, en cada uno de nosotros y en todos nosotros juntos, en nosotros-Iglesia». (Véase mi libro: «¿Quién es el Espíritu Santo?»).

LA VIRGEN MARIA

¿Quién es la Virgen María?

La Biblia considera a la Virgen como a la más excelsa de todas las criaturas por ser la destinada a ser Madre del Altísimo, del llamado Hijo de Dios (Lc. 1,32 y 35), «*la bendita*» o más alabada entre todas las mujeres, la «*llena de gracia*» (Lc. 1,28 y 42), la que «*todas las generaciones llamarán bienaventurada*» (Lc. 1,48).

El Concilio Vaticano II nos dice que ella ocupa después de Cristo, el lugar más alto y el más cercano a nosotros, pues ella «por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres» (LG. 53-54). Si alguno preguntase el porqué de este encumbramiento o exaltación de la Virgen, tendríamos que responder: porque es MADRE DE DIOS, y por sola esta prerrogativa Ella aventaja a todas las criaturas del cielo y de la tierra.

134

La Virgen María es la Madre de Dios. En la Sagrada Escritura leemos: «*Cumplido que fue el tiempo (anunciado por los profetas), envió Dios a su Hijo nacido de una mujer*» (Gál. 4,4). «*María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo*» (Mt. 1,16). En estos textos vemos claramente que María es Madre de Jesús, ahora bien como Jesús es Dios, bien podemos decir que la Virgen es la Madre de Dios, pues quien nació de ella en naturaleza humana es una Persona divina, y por lo mismo «no decimos que sea Madre de la divinidad», sino de una Persona que es Dios y hombre a la vez.

En consecuencia: La Virgen María es Madre de Dios porque de Ella nació Jesucristo que es verdadero Dios y verdadero hombre. Y por ser la destinada a Madre de Dios, por eso fue la «llena de gracia», la concebida sin pecado original, etc...

135

La anunciación del ángel a la Virgen María. San Lucas en el primer capítulo de su Evangelio nos habla del hecho de la Encarnación del Hijo de Dios, y nos refiere las palabras de saludo que el arcángel San Gabriel dirigió de parte de Dios a la Virgen cuando estaba en Nazaret: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo...» (Lc. 1,26ss), y después de decirle que iba a ser Madre del Altísimo, la Virgen le pidió explicación de cómo podía ser Madre, si «no conocía varón» (lo que parece indicar que tenía hecho voto de virginidad); mas una vez que el ángel le dijo que concebiría milagrosamente por obra del Espíritu Santo, Ella exclamó: «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra*», y en aquel instante «*el Verbo (la Palabra del Padre, el Hijo de Dios) se encarnó (=se hizo hombre)*» (Jn. 1,14).

136

¿Qué es la Encarnación? La Encarnación es el misterio del Hijo de Dios hecho hombre. Jesucristo quiso venir a la tierra por medio de la Virgen María, y conforme lo habían anunciado los profetas: El profeta *Isaías* (7,14) ocho siglos antes dijo que el Mesías nacería de una Virgen, y *Miqueas* (5,2) siete siglos antes anunció que nacería en Belén de Judá... y así se cumplió. (Mt. 1,22-23; 2,5-6).

De lo dicho ya podemos ver que Jesucristo fue conce-

bido y nació de Madre Virgen obrando Dios sobrenatural y milagrosamente, porque fue de un modo totalmente virginal, sin intervención de varón (Mt. 1,18-25; Lc. 1,26ss).

137

¿Cómo se realizó el misterio de la Encarnación? Se realizó así: 1.º El Espíritu Santo formó en las entrañas de la Virgen María un cuerpo perfectísimo. 2.º Luego creó un alma humana perfecta y la unió a aquel cuerpo. 3.º En el mismo instante, a este cuerpo y alma se unió la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Y así sin dejar de ser Dios, el Hijo eterno quedó hecho hombre perfecto, con dos naturalezas, una divina en cuanto Dios, y otra humana en cuanto hombre.

Notemos que en Jesucristo hay sólo una Persona divina; mas alguno pudiera decir: Si el Hijo de Dios tomó un cuerpo y un alma, al constar una persona de cuerpo y alma ¿por qué en Jesucristo no hay dos personas?

Respondemos: No hay dos personas, porque el cuerpo y el alma que tomó formaron una naturaleza humana completa y no una persona, y la razón es porque *ese cuerpo y esa alma* no existieron ni un momento en sí y por sí mismas, o sea, separadas del Verbo o Hijo de Dios con derechos personales. Por esta razón en Jesucristo sólo hay una persona divina con dos naturalezas completas, la divina y la humana, como quedó definido en el concilio de Efeso.

138

María es Inmaculada, concebida sin pecado. Es un dogma de fe definido por el Magisterio de la Iglesia. Quedó definido por el Papa Pío XII el 8 de diciembre de

1854, por la Bula *Ineffabilis Deus*. En ella se afirma que la Virgen había sido concebida sin mancha de pecado original, en atención a los futuros méritos de su Hijo. Y la misma Virgen, cuatro años más tarde, el 25 de marzo de 1858, lo confirmó al decir en la aparición a Santa Bernardita en Lourdes: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

La Iglesia nos invita en su Liturgia a cantar en honor suyo: «Toda hermosa eres María, y no hay en ti mancha original». Conviene notar que la redención de María no fue *liberativa* del pecado original contraído, sino *preservativa* que le impidió caer en él. Este dogma se fundamenta en la Escritura (Gé. 3,15; Lc. 1,28) y en el dogma de la Maternidad divina.

139

María permaneció siempre virgen, esto es, fue Madre sin dejar de ser Virgen; concibió virginalmente a su Hijo, por obra y gracia del Espíritu Santo. Jesús nació en Belén de Judá, según el anuncio del profeta Miqueas, y la Virgen lo dio a luz sin detrimento de su virginidad, así como salió glorioso del sepulcro sin romper ni levantar la losa que lo cubría. Y después del parto fue virgen perpetuamente, sin que tuviera otros hijos. Los «hermanos de Jesús» que leemos en el Evangelio, no son hijos de María, pues relacionado con Ella sólo hay un Hijo, Jesús (Lc. 2,41ss; Jn. 19,25), y los citados «hermanos» no son más que «parientes», pues los que se citan (Santiago, José, Simón y Judas) eran todos primos suyos, ya que está demostrado que todos ellos eran hijos de María de Cleofás (Véase este tema con detalle en mi libro: «*La Virgen María a la luz de la Biblia*»).

Para nosotros baste saber que la Iglesia nos habla de la virginidad perpetua de María. En el Concilio de Letrán del año 649 se definió que María permaneció perpetua-

mente Virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

140

La Virgen María es Reina. Es reina y la más grande y gloriosa, pues Ella –como dice el Vaticano II– «fue enaltecida por el Señor como Reina del universo». De hecho la Virgen es Reina porque es Madre de Cristo-Rey, y «si el Hijo es Rey, justo título tiene también la Madre para llamarse Reina» (S. Atanasio). Pío XII dijo: «Igual que Jesucristo es Rey de reyes y Señor de los señores... así su augusta Madre es honrada por todos los fieles como Reina del mundo».

María es corredentora. La cooperación de María a la Redención objetiva es indirecta y mediata, porque Ella puso voluntariamente toda su vida en servicio del Redentor, primero consintiendo ser Madre suya en la Encarnación, y luego padeciendo e inmolándose con El al pie de la cruz.

141

María es Madre de la Iglesia. Pablo VI el 21 de Noviembre de 1965 proclamó a la Santísima Virgen *Madre de la Iglesia, Madre de todo el Pueblo de Dios* así de los fieles como de los pastores, y la llamamos *Madre amantísima*.

La Virgen es Madre de la Iglesia y *también Madre nuestra*, porque si todos los fieles formamos con Cristo un solo cuerpo místico, una sola persona moral, de la que El es la Cabeza y nosotros los miembros, al ser la Santísima Virgen Madre de Cristo, Cabeza del Cuerpo místico de la Iglesia, lo es también de sus miembros, puesto que la Cabeza y los miembros forman un solo cuerpo. Como

dice el Concilio Vaticano II, María es Madre nuestra «en el orden de la gracia» (LG. 61), por haber cooperado con Jesús en la «restauración de la vida sobrenatural de las almas».

142

La Virgen fue asunta al cielo en cuerpo y alma. Este dogma fue definido por Pío XII el 1.º de noviembre de 1950 por la Bula *Munificentissimus*, y el Concilio Vaticano II lo dice también así: «Terminado el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial» (LG. 59).

La Virgen está ahora en el cielo y desde allí ejerce su oficio salvador y continua alcanzándonos por su intercesión gracias de eterna salvación. Ella es *Mediadora nuestra* ante el Mediador Jesús... y es invocada también con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, etc., siendo venerada en la Iglesia con un culto especial, por ser la Madre de Dios.

Advertencia: De la Vida de la Virgen conviene sepamos que según la tradición más fundamentada, nació y murió en Jerusalén y sus padres fueron San Joaquín y Santa Ana. Después de la Resurrección y Ascensión de Jesús al cielo, vivió al parecer varios años en Efeso con el apóstol San Juan...

Entre los ejercicios de piedad recomendados hacia Ella por la Iglesia tenemos el rezo del Santo Rosario y el Angelus...

La devoción a la Virgen es señal de predestinación. «Es imposible moralmente hablando, dice San Alfonso M^a de Liguorio, que el verdadero devoto de María se condene».

143

SAN JOSE

San José es un santo excepcional, que merece le nom-

brems como el primero entre todos los santos por ser el padre virginal de Jesús y esposo virginal de María. San Francisco de Sales exclamó un día: «¡Oh que santo tan grande es San José! Le fue dado poseer a Jesús y a María. Con estos dos tesoros pudo inspirar envidia a los mismos ángeles y desafiar el cielo por tener a su disposición la mayor riqueza de la gloria». Después de la Virgen no hay santo que a José pueda ser superior.

A San José se le ha llamado el «santo del silencio» porque en los Evangelios no vemos consignada palabra alguna salida de sus labios, y porque en ellos aparecen muy pocos datos referentes a su vida, mas aunque estos sean escasos, nos revelan la grandeza de su personalidad. Las breves frases: «varón justo», «esposo de María» y «padre de Jesús» ensalzan ya de tal manera a San José que lo colocan sobre todos los santos.

144

San José al igual que la Virgen María, según la Biblia, procedían de la casa y familia de David, y se conocerían sin duda en Nazaret donde se casaron.

Algunos preguntan, ¿fue verdadero el matrimonio de María y José por estar ligados con el voto de virginidad? A esto contestamos: Fue verdadero matrimonio, porque el voto de virginidad no se opone a la realidad y verdad de su unión matrimonial, y la razón es ésta: porque lo que constituye la esencia del matrimonio, no es la unión de los cuerpos, sino la unión de los espíritus o con otras palabras: la unión carnal o uso de los actos del matrimonio no constituyen la esencia del mismo.

Unos que se van a casar, después que se han dado palabra de matrimonio, o sea, dado el *sí* matrimonial son verdaderos esposos, usen luego o no del acto matrimonial. Sin duda la Virgen manifestó a San José su voluntad

de permanecer virgen, y José se comprometió a respetarla y ser custodio de su virginidad.

145

Santo Tomás de Villanueva hablando de María dice que era de tal manera virgen, que hacía vírgenes a cuantos la contemplaban. San Jerónimo es del parecer que San José permaneció siempre virgen, debido a la compañía de su virginal esposa; y así apostrofando al hereje Elvidio, que negaba la virginidad de María, argumenta de esta manera: «Tu dices que María no permaneció siempre Virgen; yo digo que San José conservó la virginidad por la Virgen María».

146

En sentir de Gersón y de Suárez y otros teólogos, tres fueron los privilegios especiales que caracterizaron a San José:

1) Ser santificado desde el vientre de su madre, como Jeremías y el Bautista.

2) El de haber sido asimismo confirmado en gracia.

3) El de estar exento de los apetitos de la concupiscencia; de cuyo privilegio suele San José, por los méritos de su pureza, hacer participantes a sus devotos, librándolos de los movimientos de la carne».

147

Santa Teresa de Jesús, la gran doctora española, nos estimula a ser muy devotos de San José con estas palabras: «No me acuerdo hasta ahora, haberle suplicado cosa alguna a San José que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho

Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas». (Véase mi libro: «*Vida de San José*»)

148

LA IGLESIA DE JESUCRISTO

¿Qué es la Iglesia?

La Iglesia es la comunidad de los fieles cristianos de todo el mundo que profesan la misma fe y obedecen a una sola cabeza común que es el Papa.

Pío XII dijo que lo más excelente, egregio y divino que se puede decir de la Iglesia es denominarla «Cuerpo místico de Cristo». Y esta es la doctrina de San Pablo, quien nos dice que la Iglesia, sociedad de los fieles cristianos, es el Cuerpo de Cristo. Cristo es la Cabeza y nosotros somos los miembros. «Como todos los miembros del cuerpo humano, aunque son muchos, constituyen un cuerpo, así los fieles en Cristo» (1 Cor. 12,1-11), es decir, los miembros de la Iglesia, llamados fieles, están unidos entre sí a semejanza de los miembros del cuerpo humano.

149

Jesucristo llama a la Iglesia su *reino*, y por el Evangelio, documento histórico, sabemos que El empezó a anunciar el establecimiento de este su reino que llamó «reino de Dios» y «reino de los cielos». La palabra «reino» equivale a «reinado, gobierno o imperio». El reino de Dios es su reinado sobre el mundo.

El mismo Jesucristo dijo: «El reino de Dios está cercano», y viene a nosotros cuando se dirige a los hombres *la palabra de Dios* que, al ser recibida, crece como la semilla depositada en tierra buena (Mt. 13,3ss). El reino que se incoa en la tierra y tiene su término en el cielo es propiamente la Iglesia, y así lo dice el Vaticano II: «La Iglesia constituye en la tierra el germen y el principio de este reino» (LG. 5).

150

Fundación de la Iglesia. Este es uno de los temas más fundamentales. Jesucristo comenzó la fundación de su Iglesia con sus discípulos, de entre los que eligió a doce, que llamó *apóstoles* (Lc. 6,12-13) y a los que hizo sus lugartenientes en la tierra, confiándoles sus propios poderes, para la salvación de los hombres: «*Como mi Padre me envió, así os envío también a vosotros*» (Jn. 20,21), y luego los envió a predicar su doctrina diciéndoles: «*Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, se salvará, mas el que no creyere se condenará*» (Mc. 16,15). Así los que iban creyendo en el Evangelio y se bautizaban, se incorporaban a la Iglesia.

151

El Concilio Vaticano II nos dice: «La Iglesia se nos presenta como 'una comunidad' que vive y se desarrolla en el tiempo, esto es, como Pueblo de Dios, constituido por el bautismo, en camino a través de la historia, destinado a reunir a todos los hombres, los que Dios quiere salvar no individualmente o aislados entre sí, sino constituyendo un pueblo que le conozca en la verdad y le sirva santamente» (LG. 9).

Y el mismo Concilio resume lo dicho con estas palabras: «Para establecer esta su santa Iglesia en todo el mundo hasta el fin de los siglos, Cristo confió al colegio de los doce apóstoles el oficio de enseñar, gobernar y santificar. Entre ellos eligió a Pedro, sobre el cual después de la confesión de fe, decretó edificar su Iglesia; a él le prometió las llaves del reino de los cielos» (UR. 2). Jesucristo, pues, fundó la Iglesia con la elección o institución de los apóstoles, y, por ser El también Dios, la Iglesia es una obra divina.

«La misión propia que Cristo confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso» (GS. 42). Por medio de ella Dios quiere salvar a todos los hombres.

152

Fundamento de la Iglesia. Jesucristo fundó su Iglesia sobre Pedro al que le prometió el primado autoridad suprema, al decirle:

«Y Yo te digo que tu eres Pedro (la piedra) y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que atares sobre la tierra, será atado en el cielo» (Mt. 16,17-19).

Jesús, por estas palabras, hace una promesa a Pedro, la de fundar una Iglesia o nueva comunidad religiosa, de la que él será el Primado.

Fijémonos en estas tres metáforas:

1.^a *Pedro es piedra.* (Este significado tiene el nombre de Pedro, en arameo *Kefa*). Y ya antes le había dado este nombre: «Tu te llamarás *Cefas* (Jn. 1,42). Y sobre esta piedra, dijo Jesús edificaré mi Iglesia. Notemos que dice en singular «Mi Iglesia». No hay más que una Iglesia verdadera, la fundada por Jesús. Y sobre Pedro descansa y

fundamenta esta Iglesia de Cristo, pues Pedro con su autoridad da unidad, estabilidad y firmeza a toda ella.

153

2.^a *Pedro es depositario de las llaves* del reino de los cielos, siendo respecto de la Iglesia lo que un dueño respecto de su casa. *Las llaves* entre los antiguos, eran símbolo del poder. A quien se le entregaran las llaves de una ciudad, se le daba el poder de gobernarla.

3.^a *Atar y desatar*. Esta metáfora equivale al poder de las «llaves» (*cerrar y abrir*), esto es, en el cielo el mismo Dios ratifica las decisiones tomadas por Pedro en la tierra en nombre y por virtud de Cristo.

En consecuencia, Pedro, y por tanto el Romano Pontífice, como sucesor suyo, tiene el poder legislativo, judicial y punitivo.

Las puertas del infierno, es decir, los poderes o fuerzas hostiles a la causa de Dios, así como las herejías y persecuciones no prevalecerán contra la Iglesia de Cristo.

154

El Primado de Pedro pasa a sus sucesores. La razón es clara, porque, según las palabra de Jesucristo, la autoridad de Pedro es el *fundamento de la Iglesia*; y el fundamento de un edificio debe durar tanto como el edificio mismo y cuenta con la promesa de Jesucristo: «*Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo*» (Mt. 28,20).

Los sucesores de Pedro son los Papas, y desde San Pedro a Juan Pablo II ha habido 264 Papas sin interrupción. (Véase la lista de todo los Papas en mi «*Historia de la Iglesia*», y también en el libro: «*Pedro, primer Papa. De Pedro a Juan Pablo II*»). Lo mismo podemos decir de los Obispos sucesores de los apóstoles. Estos ordenaron a

obispos que les sucedieron y éstos a otros hasta la época actual.

155

La figura de Pedro. Conviene digamos algo de él por ser el primer Papa de la Iglesia. Fue hombre entusiasta, resuelto en el hablar y obrar, y otras veces aparece débil y cobarde cuando llevado del respeto humano y debido a su presunción e imprudencia, y también por faltar a la oración (pues se durmió cuando debía orar), llegó a negar por tres veces a su Maestro (eso que le tenía prevenido de que le negaría tres veces antes de que el gallo cantara)... Y tendríamos que decirle: ¡Con que no lo conoces y le seguiste como apóstol, dejando las redes cuando te llamó..., fuiste su discípulo predilecto, viste su gloria en el Tabor y hasta le dijiste: *¿A quién iremos si tu tienes palabras de vida eterna?* y te prometió el Primado... y ¿no lo conoces?... ¡Oh, como nos ciega la pasión!... «*No conozco a este hombre!*»1... ¡Qué palabra!... y sin embargo, ¡cuantas veces la hemos repetido nosotros pecando!...

La dignidad a que había sido elevado este apóstol, no le impidió ciertamente el dar una tal caída negando a su Maestro; pero la prontitud y amargura de su arrepentimiento, el valor de que se vio animado después de haber recibido el Espíritu Santo, y la constancia de su martirio, repararon completamente esta falta.

156

El cambio de Pedro. Pedro lavó bien su culpa con sus lágrimas y su arrepentimiento, y Dios lo transformó con su gracia, y con la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, vino a ser el hombre fuerte, valiente y decidido que se enfrenta a las multitudes y les dice: *Varones*

israelitas, escuchad estas palabra: Jesús de Nazaret, hombre acreditado por Dios entre vosotros con grandes milagros y prodigios... al que hicisteis morir, crucificándolo... (Hech. 2,27)... Vosotros preferisteis a un homicida, y matasteis al autor de la vida, al que Dios ha resucitado de entre los muertos, de lo que nosotros somos testigos... Arrepentíos y convertíos de vuestros pecados... (Hech. 3).

Al oír esto se compungieron de corazón y decían a Pedro y a los apóstoles qué debían hacer. Y como les dijese que se arrepintiesen y se bautizasen... aquel día se convirtieron 3.000 y se incorporaron a la Iglesia..., y luego en otro sermón 5.000... Y siguió haciendo milagros: Curó primero aquel tullido de nacimiento, que estaba pidiendo limosna a la puerta del templo con solo decirle: «*Yo no tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo, en nombre de Jesús Nazareno, anda*», y se puso en pie y con ellos entró en el templo alabando a Dios (Hech. 3,6). Luego en Lid-da sanó con una palabra a un hombre llamado Eneas, que llevaba ocho años paralítico, y en Jope resucitó a una mujer cristiana, llamada Tabita (Hech. 9,33ss)... Y de las ciudades vecinas le traían enfermos y todos eran curados (Hech. 5,15-16).

157

De Pedro a Juan Pablo II. Juan Pablo II es sucesor de Pedro. Murió Pedro, mas no el Papa, porque el Papa es cimiento de un edificio que ha de existir hasta el fin del mundo. El Papado quedó ligado íntimamente a la Sede Romana, porque como nos dice la Historia, Pedro murió siendo obispo de Roma, y por lo mismo el Papa es reconocido como obispo de Roma y pastor universal de la Iglesia. Son innumerables los testimonios que nos presenta la tradición diciendo que San Pedro murió en Roma. Entre ellos tenemos el de San Clemente Romano, Papa, su-

cesor de Pedro, quien dice que conoció a éste y que fue martirizado con San Pablo en Roma y una innumerable muchedumbre de escogidos. El protestante Basnage dijo: «El martirio de Pedro y Pablo en Roma bajo el imperio de Nerón es un hecho incontestable». El mismo Calvino dijo que la unanimidad de los historiadores no le permite atreverse a negarla. También el racionalista Harnack, afirma que «no merece el nombre de historiador quien se atreve a ponerlo en duda» (Chronologie I, 344, nota 2).

158

La figura de Pablo. Con San Pedro vemos asociado a Pablo como cofundador dada su estancia en Roma. Se llamaba antes Sáulo, convertido en Pablo: ¡el cruel perseguidor convertido en el apóstol más insigne de la Iglesia! El nos dice quién fue: «*Fui antes blasfemo, perseguidor de la Iglesia y opresor, pero alcancé misericordia de Dios por haber procedido con ignorancia, careciendo del don de la fe... Verdad cierta y digna de todo acatamiento que Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo...*» (Fil. 3,5; 1 Tim. 1,13-15). El por perseguir a los discípulos del Señor respirando amenazas y muerte contra ellos y hasta por haberse alegrado de la muerte de San Esteban, dijo que no merecía el nombre de apóstol y se consideraba como un abortivo del infierno...

Pero convertido en el camino de Damasco (Hech. 9), pasó de perseguidor a ser el gran apóstol de las gentes, varón admirable de santidad, obrador de portentosos milagros, recorrió toda el Asia Menor predicando a todos que Jesucristo es el Hijo de Dios; escribió catorce cartas maravillosas, las cuales respiran grande amor, llegando a decir: «*El que no ame a nuestro Señor Jesucristo, sea anatema*» (1 Cor. 16,22). San Juan Crisóstomo dijo de estas

cartas «Son minas y fuentes espirituales, que nos proporcionan riquezas más preciosas que el oro»... Pablo lo mismo que el apóstol Pedro sufrieron el martirio en Roma el año 67.

159

¿Qué hicieron los apóstoles después de Pentecostés?
Después que el Espíritu Santo hubo descendido sobre los apóstoles, éstos se repartieron por el mundo para predicar y bautizar según se lo había mandado el Señor, y para reunir en torno suyo a cuantos creían y se bautizaban. Para las comunidades cristianas que iban formando, consagraban obispos y ordenaban sacerdotes para jefes y pastores de aquellas comunidades. Así vemos que San Pablo consagró a Timoteo, como obispo de Efeso (2 Tim. 1,6 y 2,2) y a Tito, obispo de Creta (Tit. 1,5).

Según reza la tradición, los apóstoles se dispersaron por el mundo en esta forma: Santiago el Mayor predicó en España; San Andrés en Rusia, Grecia..., Felipe en Frigia, región central del Asia Menor; Bartolomé en la India, Mesopotamia, Armenia...; Mateo en Etiopía...; Santo Tomás en la India; Santiago el Menor permaneció en Jerusalén, donde fue obispo; Judas Tadeo en Egipto y Libia; Simón el cananeo o el Zelotes en Persia; Matías en Jerusalén; Bernabé en Antioquia; San Juan Evangelista, en el Asia Menor, sobre todo en Efeso... Todos los apóstoles fueron mártires y sellaron así con su sangre la doctrina de Jesucristo que predicaban.

160

Tiempo histórico de la Iglesia

El tiempo histórico de la Iglesia empieza con Jesucris-

to, su Fundador. Este tiempo lo podemos llamar con San Pablo: «Tiempo de salvación»: «*Este es el tiempo favorable, el día de la salvación* (2 Cor. 6,2), el hoy de Dios, durante el cual es invitado cada hombre a la conversión» (Heb. 3,4-7,11).

La Iglesia, fundada por Jesucristo, comenzó con San Pedro, los apóstoles y fieles que se iban incorporando a El por el bautismo (Hech. 2,41).

Desarrollo de la vida de la Iglesia. «Desde su comienzo la vida de la Iglesia se fue desarrollando por medio del Espíritu Santo que vivifica y unifica los miembros del Cuerpo de la Iglesia, cuya Cabeza es Cristo» (LG. 7). Y por el *testimonio* que iba dando aquella primera comunidad cristiana, que no era otro que el de la vida misma de Cristo.

161

Los seguidores de Cristo. Estos eran todos los creyentes en su Evangelio y que se bautizaban para ir perteneciendo a su reino, según las palabras que había dicho a sus apóstoles: «*Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura, el que creyere y se bautizare, se salvará*» (Mc. 16,15-16).

Muchos cristianos llevaban una vida santa y de hecho eran santos en cuanto en cada uno de ellos se encarnaba realmente aquello que Jesús había vivido primero: vida de oración, de mortificación, de castidad, de obediencia, etc.

La santidad es patrimonio de la Iglesia, porque Cristo la constituyó santa.

Podíamos recordar entre otros santos, algunos a partir de la Edad Media, como *San Francisco de Asís* (1181-1224), fundador de la Orden Franciscana, que predica y vive la pobreza, la humildad, la caridad...; *Santo*

Domingo de Guzmán, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús, etc. etc.

162

Vida de los primeros cristianos. Los primeros cristianos solían tener frecuentes reuniones y llevar una vida en común. Todos los fieles gozaban de gran estima, y no había entre ellos indigentes, pues se vendían haciendas y tierras, y lo depositaban a los pies de los apóstoles, para que se repartiera entre todos según la necesidad (Hech. 4,32-35).

Los paganos comentaban el amor que se tenían los cristianos y decían: «Ved como se aman».

Los primeros cristianos también tenían *reuniones eucarísticas*, que trasladaron del *sábado* (que era el día solemne para los judíos) al día siguiente o *domingo* en recuerdo de la resurrección del Señor, por haber tenido lugar ésta en domingo, y así se llamó este día: *dia del Señor* (Hech. 20,7).

163

Pruebas y persecuciones. La Iglesia naciente pronto empezó a tener pruebas y persecuciones como Cristo lo tenía anunciado: «*No es el siervo mayor que su Señor. Si me persiguieron a Mi también a vosotros os perseguirán*» (Jn. 15,20). Y por el apóstol nos dice: «*Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecuciones* (2 Tim. 3,12). La suerte de la Iglesia nos la presenta así el Concilio Vaticano II:

«Como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres» (LG. 8).

Las persecuciones de los emperadores romanos. A medida que se iba extendido el cristianismo, los emperadores lo veían con malos ojos y persiguieron a muerte a los cristianos, porque al ser adoradores de un solo Dios, rechazaban los dioses del imperio romano y su culto. También los judíos no miraban bien al cristianismo y lo mismo sucedía con la masa popular por las calumnias que se levantaban contra ellos.

Las principales persecuciones que se enumeran son diez, que empezaron con Nerón el año 64 y culminaron en Diocleciano y Juliano el Apóstata, durando hasta poco antes del Edicto de Milán de 313. Los diez emperadores bajo los cuales persiguieron cruelmente a los cristianos fueron: Nerón, Domiciano, Trajano, Marco Aurelio, Septimio Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano.

Principales víctimas fueron San Pedro y San Pablo que sufrieron el martirio bajo Nerón, y bajo los demás emperadores: San Clemente Romano, San Ignacio de Antioquía, San Policarpo, San Justino, etc. y por decirlo en una palabra con el historiador Tácito, «*una multitud enorme* de cristianos fue entregada al sacrificio», lista de millares y millares de mártires por mantenerse firmes en la fe de Cristo.

A partir de la conversión del emperador romano Constantino el Grande (a. 306-337) y con el edicto de Milán del 313, la Iglesia fue reconocida oficialmente junto al paganismo, y con Teodosio I (a. 379-395) la religión católica llegó a ser la religión del Estado, y ésta se fue extendiendo conforme al mandato de Cristo de «*Id, predi-*